

LECTURAS OBLIGATORIAS PARA LA ESCUELA PRIMARIA

QUINTO GRADO

Contiene todos los cuentos, fábulas y anécdotas que el maestro debe relatar a los alumnos de acuerdo con los nuevos programas.

Contiene, además, todas las lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación y de los asuntos.

por

E. GONZÁLEZ TRILLO - L. ORTIZ BEHETY



"LIBRERIA DEL COLEGIO"

(CASA EDITORA)

Alsina y Bolívar - Buenos Aires

1940

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LECTURAS OBLIGATORIAS

QUINTO GRADO

Derechos reservados
(Ley 11723)

32.574

LECTURAS OBLIGATORIAS

PARA LA ESCUELA PRIMARIA

2/1/28
6/2/50

QUINTO GRADO

Contiene todos los cuentos, fábulas y anécdotas que el maestro debe relatar a los alumnos de acuerdo con los nuevos programas.

Contiene, además, todas las lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación y de los asuntos.

por

E. GONZÁLEZ TRILLO - L. ORTIZ BEHETY



129 x 190

“LIBRERIA DEL COLEGIO”

(CASA EDITORA)

Alsina y Bolívar - Buenos Aires

1940

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Obras de los Autores

OBRAS LITERARIAS

- Kilómetro 823, tiempo de soledad, pueblos de las orillas del Teiken. *Poemas.*
Tierra Sur. *Poemas.*
Canciones junto al fuego del vivac. *Poemas.*
Limo. *Novela.*
Diez adolescentes. *Novela.*
Puerto Hambre. *Novela.*
Querencia de Buenos Aires. *Poemas en prosa.*
Materia de ensueño. *Reconocimiento.*
Sacrificio de la paloma de cristal. *Poemas.*
Substancia de muerte. *Poemas.*
Nacimiento de Buenos Aires. *Poemas en prosa.*
Tierra de las estrellas en cruz. *Poemas.*
Poemas de Stéphane Mall'armé. *Traducción.*
Poemas de Tristán Corbière. *Traducción.*
Poemas de Arthur Rimbaud. *Traducción.*

OBRAS DIDACTICAS

- Gramática Castellana. *Primer Año.*
Gramática Castellana. *Segundo Año.*
Gramática Castellana. *Tercer Año.*
Historia de la Literatura Americana y Argentina.
Lecturas Americanas y Argentinas.
Historia de la Literatura Española.
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Primer Grado Inferior.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Primer Grado Superior.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Segundo grado.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Tercer grado.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Cuarto grado.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Quinto grado.*
Lecturas Obligatorias para la escuela primaria. *Sexto grado.*

PROLOGO

Publicamos este libro, destinado a los maestros, con el propósito de poner en sus manos un instrumento que creemos indispensable para su labor.

Al reunir en volumen un conjunto de lecturas destinadas a dar cumplimiento a los nuevos programas, hemos querido facilitar en todo lo posible el trabajo de búsqueda y de selección, entregando a los maestros no sólo las lecturas obligatorias que deben hacer conocer a sus alumnos sino también la idea y el argumento de los libros que los programas exigen y partes antológicas de cada uno de ellos.

Hemos incluido también todas aquellas lecturas necesarias para el desarrollo del programa de rudimentos de gramática, y de composición.

En los nuevos programas se advierte el propósito fundamental de dar a la enseñanza una orientación práctica y en los temas de lenguaje el de hacer conocer al alumno trozos literario que lo pongan en contacto con el modelo vivo de la palabra, consiguiendo de esta manera purificar su habla, darle un completo elemento de expresión, ampliar su vocabulario y ensanchar sus horizontes.

Nada mejor, para el estudio de la lengua culta, que un hermoso poema, un pequeño relato, una página literaria, en los que afamados escritores han puesto lo mejor de su espíritu.

El maestro encontrará, así, preparado el camino que ha de abrir nuevos rumbos en el alma infantil.

Es nuestro más ferviente deseo que este libro sea para el maestro un compañero útil.

LOS AUTORES.

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

LENGUAJE

(Actividades, normas, consejos y sugerencias para la realización del programa de conocimientos)

Aumenta algo en este grado el carácter sistemático impreso a la enseñanza del idioma al iniciarse el llamado período superior. Pero esa mayor sistematización no implica el abandono de los procedimientos empleados en los grados infantiles. Como es lógico suponer, mientras unos practican en forma más restringida, otros adquieren preponderancia.

Así, e' hecho de fundar algunos conocimientos ortográficos en nociones etimológicas, aunque sean rudimentarias, no entraña la proscripción de la copia. Ésta es insustituible en los primeros pasos de la enseñanza ortográfica, y aunque su valor disminuye a medida que el alumno va ascendiendo los grados del período escolar primario, debe practicarse hasta en sexto grado. Habrá variación, claro está, en cuanto a la índole de las palabras o de las oraciones que se copien y en lo referente a la frecuencia y celeridad de tales ejercitaciones; pero, como queda dicho, en todos los grados tiene que asignarse un puesto a la copia en el aprendizaje ortográfico.

Es indudable que en cierta clase de escritos el mecanógrafo de hoy reemplaza con ventaja al pendolista de antaño. Mas de este hecho no se deduce que la buena letra carezca de valor en todos los menesteres de la vida. Para el maestro de primer grado inferior la letra del alumno es objeto de preocupación constante. Si ya no puede serlo para e' de los grados superiores, tampoco cabe permitirle que la mire con indiferencia. Es bien sabido que la mala letra impide el desempeño de ciertos empleos.

Los primeros grados son los formadores de hábitos de esmero y orden, y es necesario que esos buenos hábitos no se pierdan en los grados superiores.

En este grado se revén y amplían las nociones gramaticales que se dieron en cuarto. El estudio del vocabulario toma forma aún más sistemática. Los temas de composición se amplían.

Siguiendo el procedimiento aconsejado en el programa de cuarto grado, tras la lectura y comentario de la pelea descrita en "Córdoba del Recuerdo", (Cap. VI, II), puede venir una nueva lectura cuyo objeto sea llamar la atención acerca del retrato físico de uno de los contendientes. Se harán notar las expresiones que nos dan idea del voluminoso personaje. ("Gordo y mantecoso", "unas derramadas nalgas y una espalda tan subida que le robaba el cuello", avanzó "como bola que rueda y aplasta", "un golpe que se perdió en el colchón de su abundancia", "la mole que entre bramidos se me vino encima", etc.).

Este capítulo de "Córdoba del Recuerdo" se reproduce en las páginas siguientes.

Parte Primera

INICIACION LITERARIA

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Lectura y comentario de páginas literarias en prosa y en verso. Recitación de poesías. Véase lo dicho en el programa de cuarto grado sobre la iniciación literaria en la escuela primaria.

Recordemos estas juiciosas palabras de Arturo Marasso acerca de la buena lectura:

“Leer es pensar, es, posiblemente, la definición más exacta de la lectura; leer es pensar, es imaginar, es estudiar; enseñar a leer bien es hacer que el niño penetre en el sentido exacto del texto, que no deje sin entender ni un pensamiento, ni una palabra, ni una imagen. Que el niño sienta el amor a la lectura y a los libros porque esos libros han alimentado su espíritu, porque ha llegado, en parte, a lo esencia! del pensamiento que encierran, porque ha tratado de entenderlos dentro de lo limitado de su inteligencia; porque ha visto la posibilidad de apoderarse y gozar de sus tesoros en el transcurso de la vida. No es necesario leer mucho, se dice, es necesario leer bien. En los textos escolares la página ligera alternará con la más densa, con la que sea una gimnasia de la inteligencia, con la que despierte el amor al idioma y sugiera problemas. No acostumbremos a pensar al niño que siempre ha de leerse lo fácil, ameno y agradable; vaya familiarizándose con la lectura que parece pesada y difícil, pero que, una vez estudiada, recompensa con creces el trabajo, porque nos ha enseñado y renovado.

Las lecturas de la infancia influyen para siempre en la vida; despiertan las vocaciones, enriquecen el mundo interior; en los recuerdos de la niñez, se une a la evocación del hogar y del paisaje la de las páginas que nos mostraron un horizonte nuevo y fueron como el descubrimiento de nuestro propio espíritu. Hay en el niño una intuición que le lleva a descubrir lo verdadero y lo bello; alimentar su curiosidad ávida con malas o medianas lecturas es, como advierte un moralista, disipar su

espíritu y arrojarle desamparado en el torrente de la producción mediocre. Si quisiéramos que el niño se iniciara en la escultura, en la pintura, en la música, no le llevaríamos a contemplar las malas estatuas, los pésimos cuadros o a oír lo que no fuera bello; los modelos literarios hablarán a la sensibilidad, tendrán un valor estético y moral, cultivarán la imaginación y la inteligencia."

Se debe leer y comentar el pasaje de "Tres héroes", de Martí, titulado "San Martín", que se transcribe en las páginas siguientes.

TRES HÉROES

SAN MARTÍN

San Martín fué el libertador del sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte: al niño lo encontraron muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hab'aba poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pe'lea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber? Llegó a Buenos Aires;

no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería; en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fué San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin banderas. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel, de Venezuela; Hidalgo estaba muerto; O'Higgins salió huyendo de Chile; pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fué a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos; iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipo, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco (*). Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar el Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres.

José Martí.

José Martí.—Poeta cubano del siglo XIX (1853-1895). Fué apóstol de la libertad de su patria. Entre sus obras se destacan: "Versos cubanos", "Versos sencillos", "Versos libres", "Ismaelillo", "Madre América", "Flor y lava".

(*) Al leer el trozo, el maestro corregirá este pequeño error. Podrá decir: "San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Chacabuco, lo derrota para siempre en la batalla de Maipo".

Parte Segunda

LECTURAS OBLIGATORIAS

Además del pasaje transcripto, se leerán y comentarán las siguientes páginas literarias:

Fragmento en que Sarmiento cuenta la muerte de Facundo Quiroga. (Facundo, parte segunda, cap. IX, Barranca Yaco. Puede comenzarse la lectura en la parte del capítulo que dice: "El 18 de diciembre de 1836 sale de Buenos Aires...").

"El indio Panta", de Joaquín V. González (Mis montañas, cap. IV).

"Córdoba del recuerdo", de Arturo Capdevila. (Dar idea de la obra y leer por lo menos un capítulo).

"Desde allá", de Emilia Pardo Bazán.

"Platero y yo", de Juan Ramón Jiménez. (Leer dos capítulos).

"Romance de Barranca Yaco", de Arturo Capdevila.

"Del salón en el ángulo oscuro", de Bécquer.

"Setenta balcones y ninguna flor", de Fernández Moreno.

"Nihil novum...", de Amado Nervo.

"La lengua castellana", de Leopoldo Díaz.

"Erase un hombre a una nariz pegado", de Quevedo.

"Canción del pirata", de Espronceda.

De entre las siete poesías precedentes, cuya lectura y comentario es obligatorio hacer, se elegirán tres para que las reciten los alumnos.

MUERTE DE FACUNDO QUIROGA

El 18 de diciembre de 1835 sale de Buenos Aires, y al subir a la galera, dirige en presencia de varios amigos sus adioses a la ciudad: "Si salgo bien —dice, agitando la mano— te volveré a ver; si no, ¡adiós para siempre!" ¿Qué siniestros presentimientos vienen a asomar en aquel momento a su faz lívida, en el ánimo de este hombre impávido? ¿No recuerda el lector que algo parecido manifestaba Napoleón al partir de las Tullerías para la campaña que debía terminar en Waterloo?

Apenas ha andado media jornada, encuentra un arroyo fangoso que detiene la galera. El vecino maestro de posta acude solícito a pasarla; se ponen nuevos caballos, se apuran todos los esfuerzos, y la galera no avanza. Quiroga se enfurece, y hace uncir a las varas al mismo maestro de posta. La brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semibárbara.

Vencido aquel primer obstáculo, la galera sigue cruzando la pampa como una exhalación; camina todos los días hasta las dos de la mañana, y se pone en marcha de nuevo a las cuatro. Acompañanle el doctor Ortiz, su secretario, y un joven conocido, a quien a su salida encontró inhabilitado de ir adelante, por la fractura de las ruedas de su vehículo. En cada posta a que llega hace preguntar inmediatamente: "—¿A qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires? — Hace una hora. — ¡Caballos sin pérdida de momento!" —grita Quiroga. Y la marcha continúa. Para hacer más penosa la situación, parecía que las cataratas del cielo se habían abierto: durante tres días, la lluvia no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente.

Al entrar en la jurisdicción de Santa Fe, la inquietud de Quiroga se aumenta, y se torna en visible angustia cuando en la posta de Pavón sabe que no hay caballos y que el maestro de posta está ausente. El tiempo que pasa antes de procurarse nuevos tiros es una agonía mortal para Facundo, que grita a cada momento: “¡Caballos! ¡Caballos!” Sus compañeros de viaje nada comprenden de este extraño sobresalto, asombrados de ver a este hombre, el terror de los pueblos, asustadizo ahora y lleno de temores, al parecer quiméricos. Cuando la galera logra ponerse en marcha, murmura en voz baja, como si hablara consigo mismo: “Si salgo del territorio de Santa Fe, no hay cuidado por lo demás.” En el paso del Río Tercero acuden los gauchos de la vecindad a ver al famoso Quiroga, y pasan la galera punto menos que a hombro.

Ultimamente llega a la ciudad de Córdoba, a las nueve y media de la noche, y una después del arribo del chasque de Buenos Aires, a quien ha venido pisando desde su salida. Uno de los Reinafé acude a la posta, donde Facundo está aún en la galera pidiendo caballos, que no hay en aquel momento. Salúdalo con respeto y efusión; suplícale que pase la noche en la ciudad, donde el gobierno se prepara a hospedarlo dignamente: “¡Caballos necesito!”, es la breve respuesta de Quiroga. “¡Caballos!”, replica a cada nueva manifestación de interés o solicitud de parte de Reinafé, que se retira, al fin, humillado, y Facundo parte para su destino a las doce de la noche.

La ciudad de Córdoba, entretanto, estaba agitada por los más extraños rumores; los amigos del joven que ha venido por casualidad en compañía de Quiroga, y que se queda en Córdoba, su patria, van en tropel a visitarlo. Se admiran de verlo vivo, y le hablan del peligro inminente de que se ha salvado. Quiroga debía ser asesinado en tal punto; los asesinos son N. N.; las pistolas han sido compradas en tal almacén; han sido vistos N. N. para encar-

garse de la ejecución, y se han negado. Quiroga los ha sorprendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pues no bien llega el chasque que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo y hace abortar todos los preparativos. Jamás se ha premeditado un atentado con más descaro: toda Córdoba está instruída de los más mínimos detalles del crimen que el Gobierno intenta, y la muerte de Quiroga es el asunto de todas las conversaciones.

Quiroga, en tanto, llega a su destino, arregla la diferencia entre los gobernantes hostiles y regresa por Córdoba, a despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucumán, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos y le hace obstinarse en volver a desafiar a sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas a su paso por La Rioja y arma las ocho provincias que están bajo su influencia? Quiroga lo sabe todo; aviso tras aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado; sabe el nuevo y más inminente que le aguarda, porque no han desistido sus enemigos del concebido designio. “¡A Córdoba!”, grita a los postillones al ponerse en marcha, como si Córdoba fuese el término de su viaje

Antes de llegar a la posta del Ojo de Agua, un joven sale del bosque y se dirige hacia la galera, requiriendo al postillón que se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela y le pregunta lo que se le ofrece: “Quiero hablar con el doctor Ortiz”. Desciende éste y sabe lo siguiente: “En las inmediaciones del lugar llamado Barranca-Yaco está apostado Santos Pérez con una partida; al arribo de la galera deben hacerle fuego de ambos lados y matar en seguida de postillón arriba; nadie debe esca-

par; ésta es la orden". El joven, que ha sido en otro tiempo favorecido por el doctor Ortiz, ha venido a salvarlo; tiénele caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. El secretario, asustado, pone en conocimiento de Facundo lo que acaba de saber, y le insta para que se ponga en seguridad. Facundo interroga de nuevo al joven Sandivaras, le da las gracias por su buena acción, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga: "No ha nacido todavía —le dice con voz enérgica— el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida mañana se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado".

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticias hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan maniatado a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza. Esta explicación me la daba a mí mismo antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros en la posta del Ojo de Agua es de tal manera angustiada para el infeliz secretario, que va a una muerte cierta e inevitable y que carece del valor y la temeridad que anima a Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto más cuanto que, siendo, por fortuna, sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido no conservarlos, porque si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía, si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquélla en que un triste deber, el de acompañar a un amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla.

El doctor Ortiz llama aparte al maestro de posta y le interroga encarecidamente sobre lo que sabe acerca de los extraños avisos que se han recibido, asegurándole no abusar de su confianza. ¡Qué pormenores va a oír! Santos Pérez ha estado allí, con una partida de treinta hombres, una hora antes de su arribo; van todos armados de tercerola y sable; están ya apostados en el lugar designado; deben morir todos los que acompañan a Quiroga; así lo ha dicho Santos Pérez al mismo maestro de posta. Esta confirmación de la noticia recibida de antemano no altera en nada la determinación de Quiroga, que, después de tomar una taza de chocolate, según su costumbre, se duerme profundamente.

El doctor Ortiz también gana la cama, no para dormir, sino para acordarse de su esposa, de sus hijos, a quienes no volverá a ver más. Y todo ¿por qué? por no arros-trar el enojo de un temible amigo; para no incurrir en la tacha de desleal. A media noche, la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama levántase y va a buscar a su confidente: —“¿Duermes, amigo? —le pregunta en voz baja. — ¡Quién ha de dormir, señor, con esta cosa tan horrible! — ¿Conque no hay duda? ¡Qué suplicio el mío! — Imagínese, señor, cómo estaré yo, que tengo que mandar dos postillones, que deben ser muertos también. Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... ¿a quién mandaré? ¡A hacerlo morir inocentemente!”

El doctor Ortiz hace un último esfuerzo para salvar su vida y la del compañero; despierta a Quiroga y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no lo acompaña si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo, con gesto airado, y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí que el que le aguarda en Barranca-Yaco, y fuerza es someterse sin más réplica.

Quiroga manda a su asistente, que es un valiente negro, que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera y las cargue; a esto se reducen todas sus precauciones.

Llega el día, por fin, y la galera se pone en camino. Acompañanle, a más del postillón que va en el tiro, el niño aquél, dos correos que se han reunido por casualidad y el negro, que va a caballo. Llega al punto final y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir a nadie; los soldados se echan sobre ella con los sables desnudos, y en un momento inutilizan los caballos y descuartizan al postillón, correos y asistente. Quiroga entonces asoma la cabeza, y hace por un momento vacilar a aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la cuestión de Quiroga: “¿Qué significa esto?” recibe por toda contestación un balazo en un ojo que le deja muerto.

Entonces, Santos Pérez atraviesa repetidas veces con su espada al malaventurado secretario, y manda, concluida la ejecución, tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres, con los caballos hechos pedazos y el postillón, que con la cabeza abierta se mantiene aún a caballo. “¿Qué muchacho es éste? —pregunta, viendo al niño de la posta, el único que queda vivo. — Este es un sobrino mío — contesta el sargento de la partida — yo respondo de él con mi vida”. Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo y en seguida, desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, a pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro.

Este último gemido de niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza a Santos Pérez. Después, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto entre las breñas de las rocas o en los bosques enmarañados, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño. Si a la vacilante claridad de las estrellas se aventura a salir de su guarida,

sus miradas inquietas se hundían en la oscuridad de los árboles sombríos para cerciorarse de que no se divisaba en ninguna parte el bultito blanquecino del niño, y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, le arredra ver venir por el que él deja al niño animando su caballo.

Domingo F. Sarmiento.

Domingo F. Sarmiento.—Ilustre argentino nacido en San Juan el 15 de febrero de 1811. Desempeñó la presidencia de la Nación durante el período 1868-1874. Murió en el Paraguay, el 11 de setiembre de 1888. Entre sus numerosas obras se destacan: "Recuerdos de provincia", "Facundo" o "Civilización y barbarie", "Argirópolis", "Las ciento y una".

EL INDIO PANTA

Este triste episodio, que llenó de sombras mi espíritu, me recuerda que debo una historia, —la del indio Panta, el tambor de las fiestas religiosas, el indispensable músico de gatos y zamacuecas en los bailes criollos, el bebedor invencible, el trasnochador sin rival, que lo mismo marchaba contrito al lado de la imagen de la Virgen en los días solemnes, como se pasaba la noche de claro en claro repicando zapateos y gritando "¡aro!" para que la niña de pies ligeros y el mozo de espuela chillona, diesen la graciosa media vuelta revoleando los pañuelos sobre sus cabezas.

Era infatigable el indio Panta, y no se concebía sin él una parranda, ni se divertían sus vecinos sin que él fuese el alma de la fiesta; su tambor es legendario, y hoy, como un veterano, todavía redobla y resuena vigoroso, pero no ya al golpe de sus manos curtidas, sino de sus herederos, que no tienen la gracia, ni el aire gallardo, ni las coplas saladas, ni las morisquetas con que, a modo de variaciones, alteraba la monotonía de la música del baile, y que las parejas se empañaban en ejecutar con los pies, la niña le-

vantándose el vestido hasta dejar ver sus movimientos ágiles, y el mozo deshaciéndose en figuras y en dobleces, siempre dentro del compás de la danza.

Predominaba en él la sangre indígena; lo decían los cabellos ensortijados, la piel negra y lustrosa, la frente chata y los pómulos salientes como las rocas de sus cerros, los dientes blancos como marfil y la barba escasa, semejante a un campo de trigo diezmado por la sequía.

Era, pues, de esa raza criolla que tuvo en sus manos y salvó la libertad de su suelo; que oía la llamada del general para correr a alistarse sin rezongos ni escondrijos inútiles; que iba a la pelea como a una fiesta, y obedecía en silencio, aunque se le mandara sablear como granadero de Maipo, o a asaltar una fortaleza como en Curupaytí. Nacido para la fatiga, se vengaba bien cuando podía, cuando imperaba la paz, cuando las guerras civiles con sus montoneros, colorados y laguneros, dejaban tranquila la provincia; entonces llegaba a la aldea, jinete sobre la mula patria robada con buen derecho de la partida, y apeándose en el patio del rancho —adonde ya le seguían en procesión los vecinos, a la novedad y al festejo de su vuelta con salud, y como si nada hubiera pasado— les invitaba para el baile, preguntaba de su caja, si no se la habían manoseado mucho, hacía cariños a los muchachos y a las chinitas del pueblo, y abrazaba emocionado a sus viejos amigos.

—“Ya ha vuelto Panta” —se decía de boca en boca, y las muchachas empezaban a prepararse de prisa para los bailes que comenzarían de seguro. Era su humor inagotable, y él solo valía la felicidad del pueblo, que supo mantener entre músicas y jaranas, hasta que un día llegó una compañía de línea y plantó en la ciudad bandera de enganche. Corrió la voz por las poblaciones de la montaña, de que la Nación se hallaba empeñada en una guerra grande y que llamaba a sus buenos hijos a empuñar las armas y seguir su bandera contra el enemigo. El indio Panta lo

supo y se puso triste; no era ya la guerrilla casera donde como quiera se salva y está siempre cerca del hogar; era lejos, muy lejos donde debía partir, quizá para no volver, pero una voz interior le mandaba obedecer aquel llamamiento y se resolvió como siempre, sin la menor vacilación, a marchar en busca del peligro.

Una tarde se reunió con los amigos y mujeres de la aldea, y les dijo: —“Me voy a la guerra, la patria nos llama, les voy a dejar”: Y sin oír ruegos ni razones, tomó el tambor querido, compañero de alegrías y de devociones, y se fué a la iglesia seguido por todos. Se puso de rodillas delante del altar de la Virgen, y con voz ahogada por los sollozos, le ofreció como ofrenda la caja construída por él mismo, que era su segunda vida. —“¡Adiós, Madre mía —gimió—; si no vuelvo será señal de que habré muerto por la patria!” Salió de la iglesia enjugándose las lágrimas, pero su semblante irradiaba esa luz propia de las decisiones inquebrantables; y luego, como arrepentido de ese sentimiento, empezó a decir bromas que sabían a despedida triste, y a prometer para la vuelta las grandes fiestas, los casamientos y las procesiones, porque quería costear con sus sueldos una función de agradecimiento a la Virgen, si le sacaba salvo de aquella aventura. —“la última de mi vida, porque ya me voy haciendo viejo”— decía sonriendo.

Ensilló su mula patria, dió un abrazo a todos, y diciendo: “¡Adiós, hermanos!” tomó el camino de la ciudad. Los aldeanos se quedaron apiñados en el camino, mirándolo alejarse, con los ojos humedecidos por el llanto; y un indio anciano exclamó en voz baja y temblorosa, emprendiendo la vuelta: —“Pobre Panta, ya no volverá”—. Y Panta no volvió hasta ahora, porque dejó sus huesos, como tantos héroes ignorados, en frente de las fortalezas del Paraguay.

Allí quedó la caja, depositada a los pies de la imagen veneranda, como la ofrenda del patriota, que en medio de

su ignorancia tenía la intuición de los deberes cívicos, que como fuerza fatal le impelían al combate. Era la sangre guerrera que clamaba al través de esa ruda corteza indígena, como en el corazón del algarrobo secular se escucha el susurro del insecto que tiene en él la vivienda. El indio Panta ya no vuelve, pero su sombra ha cruzado muchas veces en las noches de luna por la placita del pueblo, ha entrado en la iglesia donde el tambor conserva su memoria y el recuerdo de su devoción sincera, y por mucho tiempo sus paisanos guardaron su duelo, rezando siempre, a la hora triste del crepúsculo, un padrenuestro por el alma heroica del soldado que murió por la patria.

Joaquín V. González.

Joaquín V. González.—Estadista y escritor argentino (1863-1923), autor de "Mis montañas", "La tradición nacional", "Fábulas nativas", etc.

"CÓRDOBA DEL RECUERDO", DE ARTURO CAPDEVILA

IDEA DE LA OBRA

En páginas llenas de encanto, de emoción y de ensueño, evoca el poeta su Córdoba natal. Tratemos de recoger algunas de las escenas de sus páginas.

Evoca el autor su infancia, transcurrida en el ambiente monacal de Córdoba. Recuerda sus rezos de niño y el reclamo de la bendición paterna. La madre, de sobremesa, relata a él y a su hermanita la vida de sus antepasados. Por esos relatos sabe que sus abuelos, en la época de Rozas, prefirieron la proscripción al oprobio.

Otras noches les contaba la madre antiguas leyendas de milagro y misterio. Después les cantaba dulces cancio-

nes de cuna. La hermanita se dormía y la canción quedaba flotando por toda la casa.

¡Sus juguetes! ¡Los soldaditos de plomo, los cañoncitos de cureña verde con granos de maíz como únicos proyectiles! Tenía también un velocípedo en el que recorría la casa desde el zaguán hasta la leñera.

Sus salidas eran cortas y breves. Cerca de su casa había un baldío, que encerraba para él un mundo fascinante. A veces se metía allí con los niños del barrio. Le atraía también la quinta de la esquina, donde humildes gentes cultivaban hortalizas. Algo más lejos había una casa misteriosa. Decían que estaba poblada por monstruos y fantasmas.

Otras veces iba a las lomas a remontar barriletes. La cometa, en las tardes azuladas del invierno cordobés, hacía vuelos magníficos.

*

Llega el carnaval. Se guardan los huevos vacíos para ser rellenados con agua: clásico proyectil carnavalesco. Se jugaba también con pomos de agua florida y con papel picado. Desfilaban algunas comparsas que ostentaban llamativos trajes.

Después, las conmemoraciones de Semana Santa, las procesiones de cofradías con sus estandartes. Y el Viernes sacro, el día del perfecto silencio, el día en que las campanas callan.

Más tarde a la entrada del invierno, las fiestas de San Juan y de San Pedro, con sus infaltables fogatas a cuyo alrededor los niños entonaban alegres cánticos.

Y así pasaba el año "manso, vacío, de tertulia en tertulia y de novena en novena".

Inicia su vida escolar en una clara mañana de marzo. Va a la escuela con su pizarra, su cartera y el bolsillo lleno de bolitas de cristal.

Cuando en el aula lo interrogan, traicionado por los

nervios, apenas puede balbucear la lección, pero cuando se hacen deberes escritos le llega la hora del desquite. “El afán del desquite —dice— me impulsaba imperiosamente a la excelencia. Y trabajaba desde entonces por hacerme escritor, sin saberlo, como mejor podía, bajo la fuerza del sino”.

Pasa después al colegio de Santo Domingo, en el que vive dulces momentos. El Padre Director es un hombre bueno, un alma de paz; todo bajo su dirección se hace amable y suave.

Un día, el Padre Director da la noticia de que el colegio acaba de ser clausurado por disposición de Roma.

Todos quedan tristes. Regresa el niño a su casa, con un nudo en la garganta y un incontenible deseo de llorar.

—¿Por qué vuelves tan temprano? —le pregunta su madre.

—Porque el colegio de Santo Domingo se ha cerrado —comienza a explicarle.

Pero no puede continuar. Cae llorando sobre el regazo materno.

Al mismo tiempo en que se cerraba el colegio de Santo Domingo se abría en la ciudad un colegio germánico. A él ingresa el niño. Le enseñan a contar en alemán y a escribir las primeras letras en alfabeto gótico.

En el recreo se ve rodeado por los demás niños y le dicen que es costumbre que todo alumno nuevo debe pelear a puñetazos con otro que es elegido por todos. Para la elección del contendor las opiniones están divididas. Un grupo quiere que el contendor sea un niño gordo y mantecoso, otro grupo opta por un niño alto y seco, un verdadero gigante.

Los dos se ponen en guardia para que él elija. Opta por el gordo, a quien prevé menos peligroso. Se entabla un duelo violento y desigual, hasta que la campana salvadora llama a clase.

Poco tiempo después el colegio se muda de casa y comienzan a enseñar religión —para unos la religión católica, para otros la protestante—. La vida se hace menos áspera. Una maestra de canto, muy rubia y muy blanca, les enseña dulces canciones del Rhin.

Un día en que injustamente lo mandan al encierro, encuentra allí al más bribón de sus compañeros.

—Voy a hacerme protestante —le dice éste, y trata de que el otro siga sus pasos.

A los pocos días él también pretende hacerlo. Se encamina hacia la clase luterana. “Pisé el umbral y me detuve... Había llegado al extremo confín de mis posibilidades. Diez siglos, si no calcula bajo, se alzaron de pronto ante mí como muralla infranqueable. El atavismo me tenía cogido los pies. Estaban mis talones atados a las tumbas de mis abuelos. Largo era el hilo, sin duda, y hasta lo había alargado ya, pero no se alargaría ni un centímetro más ni se rompería sin violencia. Entonces retrocedí...”

*

Relata después el huracán violento que cayó sobre la ciudad. La lluvia terrible durante cuarenta días y cuarenta noches. La pesadilla del dique de San Roque que amenazaba con destruir la ciudad. Se temía un cataclismo. El río se desbordaba y empezaba a inundar el barrio de la plaza de armas del general Paz. En ese lugar el río era más peligroso. Había allí un pequeño dique que retenía más agua de la deseable. Se intenta volarlo con dinamita.

Todos los niños corren a ver. Todo Córdoba está allí presente. Un tirador apunta a la carga de dinamita. Se oye una violenta explosión. El dique ha volado.

Después la Córdoba de su adolescencia, la Córdoba de su mocedad, su Córdoba, entrañable hasta en las palabras finales:

—¡Córdoba mía!

PANDEMÓNIUM ESCOLAR

Salido que hubimos al recreo, todos me rodearon para saber quién era y de dónde venía. No acabé de decir que procedía del colegio de Santo Domingo cuando ya uno de la rueda enunció brutalmente una opinión anticlerical. Yo esperé por momentos que un rayo del cielo castigara al blasfemo o que lo viéramos de pronto hacerse polvo allí mismo. Pero su inexplicable inmunidad no iba a ser la menor de mis sorpresas. Luego, llenándome de estupefacción, dijéronme ser costumbre en la escuela que todo alumno nuevo peleara a puñetazos con el contendor que se le eligiera. Pasmado de la novedad, vi con sobresalto que la elección empezaba. Tras furiosa grito ocurrió que los pareceres se dividían entre dos campeones igualmente prestigiosos y temibles. Se decidió, finalmente, que yo escogiese. Era elegir entre Ajax y Goliat. Pacifista y debilucho, comprendí que estaba irremisiblemente perdido.

Uno era gordo y mantecoso, de cabellos rubios y redonda cara coloradota. Tenía los ojos pequeños y celestes y la boca risueña y húmeda. De blusa azul y calzón corto, no parecía sino un marinero achispado. Sosteníanlo unas piernas rollizas. Lo demás de su persona eran unas derramadas nalgas y una espalda tan subida que le robaba el cuello.

El otro era alto y seco, un verdadero gigante. Piernas y brazos se le alargaban musculosos y recios. Lo que no era hueso era músculo. Abría, bajo negras cejas, unos ojos vivaces que de seguro distinguían un átomo entre cien. Un aire bondadoso le dulcificaba el rostro, de facciones firmes. Sus manos, empero, debían ser pesadas y categóricas.

Uno y otro cayeron en guardia frente a mí para que eligiera. Los miré perplejo. Uno y otro, entonces, a la vez,

sacando sendos trozos de tiza, trazaron sendas rayas sobre la baldosa.

Y me dijo cada cual, volviendo a la guardia:

—Pise esa raya, si es quien.

Un vasto coro masculino (las niñas no salían al patio) daba voces hirientes, enardeciéndonos. Hasta, para injuriarme, se cambiaban apuestas irrisorias.

En tal extremo, considerando con postrer examen el continente de ambos luchadores —Polifemo y otro cíclope— tan superiores a mí, entendí que quien menos daño habría de hacerme sería el gordo, por blando.

Pisé, pues, su raya, e incluso le mojé la oreja, que es gran desafío.

Más bien no lo hiciera. Al instante, la cara de mi gratuito adversario se enrojeció en punto de ira. Lanzó un juramento y avanzó como bola que rueda y aplasta, o como pelota descomunal que cae y pega con todo su ser. No obstante, más su descuido que mi destreza, abríome brecha para entrarle un golpe que se perdió inofensivo en el colchón de su abundancia.

Alcancé a oír un aplauso que saludaba mi gallardía inicial. Después no oí nada, ensordecido bajo la mole que entre bramidos se me vino nuevamente encima. Era como combatir con el globo terráqueo. Cedí terreno y dejé en el aire revuelto de la batalla un buen jirón de mi voluntad.

No vi nunca más espantable púgil. Con la agitación de la lucha, el aliento le resoplaba como viento fuerte en un bosque. De la frente encendida le brotaba cansado sudor. La nariz abierta y anhelosa se le había trepado al entrecejo. La boca se le fruncía en un gesto sañudo. Se la mordeía rabiosamente y le estaba por sangrar.

Tirando él y parando o recibiendo yo —que era un mismo recibir— habíamos rodeado tres veces el patio. La turba nos seguía proteiforme como la basura cósmica al cometa.

Al último, mi enemigo había cerrado los ojos y descargaba puñetazos a ciegas. No fué sino su iracunda ceguera lo que a medias me salvó. Pero el encuentro debía terminar ya presto. En un supremo impulso, el jadeante boxeador me enlazó entre sus brazos para derribarme. Su aliento me daba en la cabeza vencida. Mientras juntaba fuerzas para acabar conmigo, quiso el Cielo que sonara la campana llamando a clase.

Creedme que fué aquel un duelo desigual y que harto hice con haber conservado la vida para contároslo.

Arturo Capdevila.

Noticia biobibliográfica de Arturo Capdevila.—Nació en Córdoba el 14 de marzo de 1889. Se graduó de abogado en la Universidad de su ciudad natal en el año 1913; desempeñó el Juzgado en lo Correccional durante un breve tiempo; fué profesor de Filosofía y Sociología en la Universidad de esa misma ciudad. Reside desde 1922 en Buenos Aires dictando en la Universidad de La Plata la cátedra de literatura argentina y de la América Española. El Gobierno Nacional y la Municipalidad de Buenos Aires han premiado repetidas veces sus trabajos. Escribió los siguientes libros de poesía: *Jardines Solos* (1911); *Melpómene* (1912); *El poema de Nenúfar* (1915); *El libro de la noche* (1917); *La fiesta del mundo* (1922); *El tiempo que se fué* (1926); *Simbad* (1929); *Romances argentinos* (1938). En prosa ha publicado: *Dharma*; *Influencia del Oriente en el derecho de Roma* (1914); *La dulce patria* (1917); *El cantar de los cantares* (1919); *Las vísperas de Caseros* (1922); *Del libre albedrío* (1923); *Córdoba del recuerdo* (1923); *Los hijos del sol* (1923); *La ciudad de los sueños* (1923); *Los paraísos prometidos*, diálogos (1925); *Tierras nobles*, impresiones de España y Portugal (1925); *América* (1926); *Babel y el castellano* (1928); *Rivadavia y el españolismo liberal de la revolución* (1931); y otras.

DESDE ALLÁ

Don Javier de Campuzano iba acercándose a la muerte, y la veía llegar sin temor; arrepentido de sus culpas, confiaba en la misericordia de Aquél que murió por tenerla de todos los hombres. Sólo una inquietud le acuciaba algunas noches, de ésas en que el insomnio fatiga a los viejos.

Pensaba que, faltando él, entre sus dos hijos y únicos herederos nacerían disensiones acerbas, pugnas y litigios por cuestión de hacienda. Era don Javier muy acaudalado propietario, muy pudiente señor, pero no ignoraba que las batallas más reñidas por dinero las traban siempre los ricos. Ciertos amarguísimos recuerdos de la juventud contribuían a acrecentar sus aprensiones. Acordábase de haber pleiteado largo tiempo con su hermano mayor; pleito intrincado, encarnizado, interminable, que empezó entibiando el cariño fraternal, y acabó por convertirlo en odio sangriento. El pecado de desear a su hermano toda especie de males, de haberle injuriado y difamado, y hasta —¡tremenda memoria!— de haberle esperado una noche en las umbrías de un robledal con objeto de retarle a espantosa lucha, era el peso que por muchos años tuvo sobre su conciencia don Javier. Con la intención había sido fratricida, y temblaba al imaginar que sus hijos, a quienes amaba tiernamente, llegasen a detestarse por un puñado de oro. La naturaleza había dado a don Javier elocuente ejemplo y severa lección: sus dos hijos, varón y hembra, eran mellizos; al reunirles desde su origen en un mismo vientre, al enviarles al mundo a la misma hora, Dios les había mandado imperativamente que se amasen; y herida desde su nacimiento la imaginación de don Javier, sólo cavilaba en que dos gotas de sangre de las mismas venas, cuajadas a un tiempo en un seno de mujer, podían, sin embargo, aborrecerse hasta el crimen. Para evitar que celos de la ternura paternal engendrasen el odio, don Javier dió a su hijo la carrera militar y le tuvo casi siempre apartado de sí; sólo cuando conoció que la vejez y los achaques le empujaban a la tumba, llamó a José María y permitió que sus cuidados filiales alternasen con los de María Josefa. A fuerza de reflexiones, el viejo había formado un propósito, y empezó a cumplirlo llamando aparte a su hija, en gran secreto, y diciéndole con solemnidad:

—Hija mía, antes que llegue tu hermano tengo que enterarte de algo que te importa. Oyeme bien, y no olvides ni una sola de mis palabras. No necesito afirmar que te quiero mucho; pero además tu sexo debe ser protegido de un modo especial y recibir mayor favor. He pensado en mejorarte, sin que nadie te pueda disputar lo que te regalo. Así que yo cierre los ojos... así que reces un poco por mí... te irás al cortijo de Guadeluz, y en la sala baja, donde está aquel arcón muy viejo y muy pesado que dicen es gótico, contarás, a tu izquierda, desde la puerta, dieciséis ladrillos —fíjate, dieciséis—, una onza de ladrillos, ¿entiendes? y levantarás el que hace el diecisiete, que tiene como la señal de una cruz, y algunos más alrededor. Bajo los ladrillos verás una piedra y una argolla; la piedra, recibida con argamasa fuerte. Quitarás la argamasa, desquiciará la piedra, y aparecerá un escondrijo, y en él un millón de reales en peluconas y centenes de oro. ¡Son mis ahorros de muchos años! El millón es tuyo, sólo tuyo; a ti te lo dejo en plena propiedad. Y ahora, chitón, y no volvamos a tratar de este asunto. ¡Cuando yo falte!...

María Josefa sonrió dulcemente, agradeció en palabras muy tiernas, y aseguró que deseaba no tener jamás ocasión de recoger el cuantioso legado. Llegó José María aquella misma noche, y ambos hermanos, relevándose por turno, velaron a don Javier, que decaía a ojos vistas. No tardó en presentarse el último trance, la hora suprema, y en medio de las crispaciones de una agonía dolorosa, notó María Josefa que el moribundo apretaba su mano de un modo significativo, y creyó que los ojos, vidriosos ya, sin luz interior, decían claramente a los suyos: “Acuérdate: dieciséis ladrillos... Un millón de reales en peluconas”...

Los primeros días después del entierro se consagraron, naturalmente, al duelo y a las lágrimas, a los pésames y a las efusiones de tristeza. Los dos hermanos, abatidos y con los párpados rojos, cambiaban pocas palabras, y ninguna

que se refiriese a asuntos de interés. Sin embargo, fué preciso abrir el testamento; hubo que conferenciar con escribanos, apoderados y albaceas, y una noche en que José María y María Josefa se encontraban solos en el vasto salón de recibir, y la luz desfallecida del quinqué hacía, al parecer, visibles las tinieblas, la hermana se aproximó al hermano, le tocó en el hombro, y murmuró tímidamente, en voz queda:

—José María, he de decirte una cosa... una cosa rara... de papá

—Dí, querida... ¿Una cosa rara?

—Sí, verás... Y te admirarás... *Hay* un millón de reales en monedas de oro, escondido en el cortijo de Guadeluz

—No, tonta —exclamó sobrecogido y con súbita vehemencia José María—. No has entendido bien. ¡Ni poco ni mucho! Donde está oculto ese millón, es en la dehesa de la Corchada.

—¡Por Dios, Joselillo! Pero si papá me lo explicó divinamente, con pelos y señales... Es en la sala baja; hay que contar dieciséis ladrillos a la izquierda, desde la puerta, y al diecisiete está la piedra con argolla, que cubre el tesoro.

—¡Te aseguro que te equivocas, mujer! Papá me dió tales pormenores, que no cabe dudar. En la dehesa, junto al muro del redil viejo, que ya se abandonó, existe una especie de pilón donde bebía el ganado. Detrás hay una arqueta medio arruinada, y al pie de la arqueta, una losa rota por la esquina. Desencajando esa losa, se encuentra un nicho de ladrillo, y en él un millón en peluconas y centenes...

—Hijo del alma, ¡pero si es imposible! Créeme a mí. Cuando papá te llamó estaba ya peor, muy en los últimos; quizás la cabeza suya no andaba firme; ¡pobrecito! Yo tengo sus palabras aquí, esculpidas...

—María —declaró José cogiendo la mano de la joven,

después de meditar un instante—, lo cierto es que hay dos depósitos, y sólo así nos entenderemos. Papá me advirtió que me dejaba ese dinero exclusivamente a mí...

—Y a mí que el de Guadeluz era únicamente mío...

—¡Pobre papá! —murmuró conmovido el oficial.— ¡Qué cosa más extraña! — Pues... si te parece, lo que debe hacerse es ir a Guadeluz primero, y a la Corchada después. Así saldremos de dudas. ¡Qué gracioso sería que no hubiese sino uno!

—Dices bien —confirmó María Josefa triunfante—. Primero adonde yo digo, ¡porque verás como allí está el tesoro!

—Y también porque tuviste el acierto de hablar antes, ¿verdad, chiquilla? Has de saber... que yo no te lo decía, porque temía afligirte; podías creer que papá te excluía, que me prefería a mí... ¡qué se yo! Pensaba sacar el depósito y darte la mitad sin decirte la procedencia. Ahora veo que fuí un tonto.

—No, no; tenías razón —repuso María confusa y apurada—. Soy una parlanchina, una imprudente. Debió prevenirseme eso... Debía buscar el tesoro y hacer como tú, entregártelo sin decir de dónde venía... ¡Qué falta de pesquis!

—Pues yo deploro que te hayas adelantado —contestó sinceramente José, apretando los finos dedos de su hermana.

De allí a pocos días, los mellizos hicieron su excursión a Guadeluz, y encontraron todo puntualmente como lo había anunciado María Josefa. El tesoro se guardaba en un cofrecillo de hierro cerrado; la llave no apareció. Cargaron el cofre, y sin pensar en abrirlo siguieron el viaje a la Corchada, donde al pie de la derruida arqueta hallaron otra caja de hierro también, de igual peso y volumen que la primera. Lleváronse a casa las dos cajas en una sola maleta, encerrándose de noche, y José María, provisto de herramientas de cerrajero, las abrió, o mejor dicho, forzó y

destrozó el cierre. Al saltar las tapas, brillaron las acumuladas monedas, las hermosas onzas y las dobillas, que los dos hermanos, sin contarlas, uniendo ambos raudales, derramaron sobre la mesa, donde se mezclaron como Pactolos que confunden sus aguas maravillosas. De pronto María se estremeció.

—En el fondo de mi caja hay un papel.

—Y otro en la mía —observó el hermano.

—Es letra de papá.

—Letra suya es.

—El tuyo ¿qué dice?

—Aguarda... acerca la luz... dice así: “Hijo mío, si lees esto a solas, te compadezco y te perdono; si lo lees en compañía de tu hermana, salgo del sepulcro para bendecirte”...

—El sentido del mío es idéntico —exclamó después de un instante, sollozando y riendo a la vez, María Josefa.

Los mellizos soltaron los papeles, y por encima del montón de oro, pisando monedas esparcidas en la alfombra, se tendieron los brazos y estuvieron abrazados buen trecho.

Emilia Pardo Bazán.

Emilia Pardo Bazán.—Escritora española (1851-1921), autora de “Los Pazos de Ulloa”, “La químera”, “Insolación”, “Morriña”, “La madre naturaleza”, etc.

PLATERO Y YO

LA CORONA DE PEREJIL

“¡A ver quién llega antes!”

El premio era un libro de estampas, que yo había recibido la víspera, de Viena.

“¡A ver quién llega antes a las violetas!... ¡A la una... A las dos... A las tres!”

Salieron las niñas corriendo, en un alegre alboroto blanco y rosa al sol amarillo. Un instante, se oyó en el silencio que el esfuerzo mudo de sus pechos abría en la mañana, la hora lenta que daba el reloj de la torre del pueblo, el menudo cantar de un mosquitito en la colina de los pinos, que llenaban los lirios azules, el venir del agua en el regato... Llegaban las niñas al primer naranjo, cuando Platero, que holgazaneaba por allí, contagiado del juego, se unió a ellas en su vivo correr. Ellas, por no perder, no pudieron protestar, ni reirse siquiera...

Yo les gritaba: "¡Que gana Platero! ¡Que gana Platero!"

Sí; Platero llegó a las violetas antes que ninguna, y se quedó allí, revolcándose en la arena.

Las niñas volvieron protestando sofocadas, subiéndose las medias, cogiéndose el cabello: "¡Eso no vale!" ¡Eso no vale! ¡Pues no! ¡Pues no! ¡Pues no, ea!"

Les dije que aquella carrera la había ganado Platero y que era justo premiarlo de algún modo. Que bueno, que el libro, como Platero no sabía leer, se quedaría para otra carrera de ellas, pero que a Platero había que darle un premio.

Ellas, seguras ya del libro, saltaban y reían rojas: "¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!"

Entonces, acordándome de mí mismo, pensé que Platero tendría el mejor premio en su esfuerzo, como yo en mis versos. Y cogiendo un poco de perejil del cajón de la puerta de la casera, hice una corona y se la puse en la cabeza, honor fugaz y máximo, como a un lacedemonio.

LA PUA

Entrando en la dehesa de los caballos, Platero ha comenzado a cojear. Me ha echado al suelo...

—Pero hombre, ¿qué te pasa?

Platero ha dejado la mano derecha un poco levantada, mostrando la ranilla, sin fuerza y sin peso, sin tocar casi con el casco la arena ardiente del camino.

Con una solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Darbón, su médico, le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja. Una púa larga y verde, de naranjo sano, está clavada en ella como un redondo puñadillo de esmeralda. Estremecido del dolor de Platero, he tirado de la púa; y me lo he llevado al pobre al arroyo de los lirios amarillos, para que el agua corriente le lama, con su larga lengua pura, la heridilla.

Después, hemos seguido hacia la mar blanca, yo delante, él detrás, cojeando todavía y dándome suaves topadas en la espalda...

IDILIO DE ABRIL

Los niños han ido con Platero al arroyo de los chopos, y ahora lo traen trotando, entre juegos sin razón y risas desproporcionadas, todo cargado de flores amarillas. Allá abajo les ha llovido —aquella nube fugaz que veló el prado verde con sus hilos de oro y plata, en los que tembló, como en una lira de llanto, el arco iris—. Y sobre la empapada lana del asnucho, las campanillas mojadas gotean todavía.

¡Idilio fresco, alegre, sentimental! ¡Hasta el rebuzno de Platero se hace tierno bajo la dulce carga llovida! De cuando en cuando, vuelve la cabeza y arranca las flores a que su bocota alcanza. Las campanillas, níveas y gualdas, le cuelgan, un momento, entre el blanco babear verdoso y luego se le van a la barrigota cinchada. ¡Quién, como tú, Platero, pudiera comer flores!..., ¡y que no le hicieran daño!

¡Tarde equívoca de abril!... Los ojos brillantes y vi-

vos de Platero copian toda la hora de sol y lluvia, en cuyo ocaso, sobre el campo de San Juan, se ve llover, deshilachada, otra nube rosa.

Juan Ramón Jiménez.

Juan Ramón Jiménez.—Poeta español contemporáneo, autor de "Eternidad", "Laberinto", "Platero y yo", "Diario de un poeta recién casado", etc.

RÓMANCE DE BARRANCA YACO

¡Cómo rueda la galera
por esos llanos y lomas!
Rodando negra alcanzó
aquella ramada sórdida,
en que una luz se veía:
una luz en una choza.
La posta del Ojo de Agua:
así se llama esa posta.
Allí derramando polvo
los pasajeros desmontan.

Cierre la postrera noche,
y una lechuza estentórea
grite sabia lo que sabe
allá por la noche criolla.
Noche viuda. Noche triste.
Enlutada noche sola.

Sube el sol de la mañana.
¡Arriba la gente toda!

En un caballo de viento
que fuego vivo resopla,

el capitán Santos Pérez
pasa revista a su tropa:
treinta y dos hombres a prueba,
cargadas las tercerolas.

¿Y el traidor de Reinafé?
Allí anda esa alma alevosa...

.....
—No queremos... no podemos...
¡por piedad!... que es negra cosa
descargar aquí en la muerte
tan negra, las tercerolas.
Matar, ¿quién podrá matar
al que ya matara otrora?
Muertos que así se levantan
pidiendo muerte ¡qué mofa!
Mofa que los huesos hiela
y que el aliento sofoca.

Pero ya llega, ya llega
la galera de Quiroga.

—¡Piedad, piedad por Dios vivo!
Que su piedad nos acoja;
que al paso de la galera
saluden las tercerolas
y los treinta y dos digamos:
Adiós, general Quiroga.
Que nadie degüelle al niño,
postillón de triste posta;
que para él tengamos todos
alfajores de las monjas;
que seamos cuando pase
la diligencia, su tropa;
escolta del General
y uno del otro, custodia.

Llovió demasiada sangre.
No llueva más sangre ahora.
En llanto del corazón,
mójese en llanto, la pólvora;
y otros correrán los tiempos,
y otra correrá la historia.
¡Piedad, piedad, por Dios vivo!
¡Que su piedad nos acoja!

Tras este grito del alma
se queda muda la tropa,
y pasa la diligencia
como entre una luz de aurora.
Ninguno descargará
por su bien la tercerola.

Y allá sigue la galera
rumbo a la ciudad de Córdoba.
Reinafé le saldrá al paso
con la frente vergonzosa.
Otros correrán los tiempos.
Otra correrá la historia.
Palomar de San Francisco,
¡echa a volar tus palomas!
Soñando que así pasó
los muertos al fin reposan.

Arturo Capdevila.

DEL SALÓN EN EL ÁNGULO OSCURO

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa, y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé; cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: “¡Levántate y anda!”

Gustavo A. Bécquer.

Gustavo Adolfo Bécquer.—Poeta español del siglo XIX (1836-1870), autor de las célebres “Rimas”, de “Cartas desde mi celda” y “Leyendas”.

SETENTA BALCONES Y NINGUNA FLOR

Setenta balcones hay en esta casa.
Setenta balcones y ninguna flor...
A sus habitantes, Señor, ¿qué les pasa?
¿Oodian el perfume, odian el color?

La piedra desnuda, de tristeza agobia,
¡dan una tristeza los negros balcones!
¿No hay en esta casa una niña novia?
¿No hay algún poeta bobo de ilusiones?

¿Ninguno desea ver tras los cristales
una diminuta copia de jardín?
¿En la piedra blanca trepar los rosales,
en los hierros negros abrirse un jazmín?

Si no aman las plantas, no amarán el ave,
no sabrán de música, de rimas, de amor...
Nunca se oirá un beso, jamás se oirá un clave.
¡Setenta balcones y ninguna flor!

B. Fernández Moreno.

B. Fernández Moreno.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Las iniciales del misal", "Intermedio provinciano", "Ciudad", "Campo argentino", "El hogar en el campo", "El hijo", "Aldea española", etc.

NIHIL NOVUM...

¡Cuántos, pues, habrán amado
como mi alma triste amó...
y cuántos habrán llorado
como yo!

¡Cuántos habrán padecido
lo que padecí,
y cuántos habrán perdido
lo que perdí!

Canté con el mismo canto,
lloro con el mismo llanto
de los demás,
y esta angustia y este tedio,
ya los tendrán sin remedio
los que caminan detrás.

Mi libro sólo es, en suma,
gotícula entre la bruma,
molécula en el crisol
del común sufrir, renuevo
del Gran Dolor: ¡Nada nuevo
bajo el sol!
...Mas tiene cada berilo
su manera de brillar,
y cada llanto su estilo
peculiar.

Amado Nervo.

Amado Nervo.—Poeta mejicano (1870-1919), autor de "Perlas negras", "Los jardines interiores", "Serenidad", "Elevación", etc.

LA LENGUA CASTELLANA

Claro y límpido raudal
es la lengua que yo adoro,
la lengua de versos de oro
y de vibración marcial.

Es dúctil como el metal
y rica como el tesoro
que dejó Boabdil el moro
allá en su Alhambra oriental.

Como clarines al viento,
vibra su broncéneo acento
en la ira o el dolor.

Y son sus cláusulas suaves
amorosos trinos de aves
sobre las lilas en flor.

Leopoldo Díaz.

Leopoldo Díaz.—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Los genios", "Bajorrelieves", "Las sombras de Hellas", etc.

LA LENGUA CASTELLANA

Lengua de mis abuelos, lengua mía,
nada iguala tu música sonora,
ni tu dulce cadencia, donde mora,
cual en Castalia fuente, la armonía.

De soberbios cambiantes, como el día,
infinitas riquezas atesora
tu voz cuando maldice o cuando implora,
en la duda, en el triunfo, en la alegría.

Tienes acentos de clarín lejano,
rumores de torrente americano,
quejas de viola, arrullos de salterio...

En la lira de bronce del poeta
unes al huracán la brisa inquieta,
y al claro sol penumbras de misterio.

Leopoldo Díaz.

SONETO A UNA NARIZ

Erase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Erase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era.

Erase un naricísimo infinito,
muchísima nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

Francisco de Quevedo y Villegas.

Francisco de Quevedo y Villegas.—Ilustre escritor español (1580-1645), autor de "Historia de la vida del buscón", "Los sueños", "Marco Bruto", "Política de Dios", etc.

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman,

por su bravura, el Temido,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul.

“Navega, velero mío,
sin temor;
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

“Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies”.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

“Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra:
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

“Y no hay playa
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho,
y dé pecho
a mi valor”.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

“A la voz de “¡barco viene!”
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo escapar;
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

“En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:
sólo quiero
por riqueza

la belleza
sin rival”.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

“¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río:
no me abandone la suerte
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.

“Y si caigo,
¿qué es la vida?
por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí”.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

“Son mi música mejor
aquilones:
el estrépito y fragor
de los cables sacudidos,
del fiero mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

“Y del trueno
al son violento
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar”.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

José de Espronceda.

José de Espronceda.—Poeta español del siglo XIX (1810-1842), autor de “El estudiante de Salamanca”, “El diablo mundo”, “Blanca de Borbón”, etc.

Parte Tercera

FABULAS

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Empleo sistemático de fábulas para hacer ejercicios de idioma. Las fábulas han desempeñado siempre importante papel en la educación de la niñez y de la juventud. Como decía Samaniego, las máximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la fábula, son el primer alimento con que se debe nutrir el espíritu de los niños.

Es indudable que los niños pequeños manifiestan su preferencia por la fábula que personifica animales, residuo de lejanos tiempos en que la credulidad de los hombres aceptaba como hecho natural que las bestias hablasen.

Acerca del valor educativo de la fábula ha dicho Fernández-Guerra y Orbe:

“Nunca, ni la palabra, ni la escritura alcanzaron éxito tan eficaz como valiéndose del apólogo; porque la inteligencia humana, sobre todo en los albores de la vida, más se deja llevar del animado ejemplo, que de la árida amonestación; y cuando no puede recrearse con la representación viva de hechos imaginarios (que es su encanto mayor), goza deleitablemente con la relación breve, sencilla y clara de toda clase de consejos.

Reconocida la activa y poderosa influencia que ejerce indirectamente el apólogo por medio del ejemplo, sólo deben admitirse en tales composiciones los asuntos honestos e inofensivos, de cuya relación, y sin necesidad de comentarios, se venga a desprender provechosa enseñanza. Así que, llevado de este convencimiento, y considerando las buenas fábulas como la verdadera filosofía de los niños, exhorta Platón a las nodrizas, en el libro segundo de la República, para que instruyan con ingeniosos cuentecillos a los tiernos infantes.

Llámase propiamente apólogo una ficción inocente y decorosa, explicada con brevedad, claridad y sencillez, donde, hablando e interviniendo hasta los seres irracionales, se enseña agradablemente una verdad moral, económica o política, destruyendo errores y mejorando las costumbres.”

La fábula como mero cuentecillo moral se utiliza en todos los grados de la escuela primaria. Ya en primer grado inferior el maestro narra cuentos y refiere fábulas.

En los primeros grados, como quedó dicho en otro lugar, deben preferirse las fábulas que personifiquen animales, por ser las que más agradan a los niños de corta edad. En primero inferior y en primero superior, como no es el niño quien lee, se puede aprovechar el abundante material de fábulas que existe en nuestra lengua.

"Si en algo he empleado casi nimiamente mi atención, escribe Samaniego, ha sido en hacer versos fáciles, hasta acomodarlos, según mi entender, a la comprensión de los muchachos."

Claro está que también se encontrarán algunas fábulas sencillas entre las escritas por Iriarte, Hartzbusch, Trueba y Campoamor.

Además del empleo corriente que se hace de las fábulas, se las puede utilizar para los ejercicios de idioma indicados en el programa de conocimientos desde segundo hasta sexto grado.

Se elegirán ocho o diez fábulas y se tendrán en cuenta las siguientes indicaciones, que ya se dieron en otro lugar.

Una fábula puede servir de núcleo para agrupar hechos que las necesidades de la enseñanza nos fuerzan a fragmentar: interpretación de una lectura, ejercicios de entonación, corrección de errores ortológicos, revista de sinónimos y parónimos, escritura de voces de dudosa ortografía, determinación de algunas partes del discurso, observaciones relativas a la concordancia, examen de ciertos giros idiomáticos; en una palabra, cuantas enseñanzas caben dentro del término lato "lenguaje". Una fábula en verso es una minúscula obra de arte, alrededor de la cual se concentran, como queda dicho, mil enseñanzas; es, para usar la expresión en boga, un verdadero centro de interés.

Ha de preferirse la fábula en verso porque fácilmente se graba en la memoria y más que todo por su brevedad: hay en nuestra lengua fábulas hasta con menos de treinta palabras.

No se trata de estudiar una por una todas las palabras contenidas en la fábula, sino escoger las que mejor se presten para realizar ejercicios de idioma.

Para la elección de las fábulas conviene tener en cuenta los aspectos de que se habla a continuación.

a) La calidad literaria. — La búsqueda de la sencillez, cualidad necesaria tratándose de niños, no debe entronizar en la escuela lo pedestre y chabacano.

Se dirá, y la afirmación es exacta, que el niño no puede apreciar inmediata y directamente el valor de una fábula artística. Pero es indudable que lo propio cabe decir de casi todas las páginas literarias y hasta de los libros escritos especialmente para niños. Aun tratándose del libro más adaptado a la capa-

cidad de los alumnos, ¿no es necesaria siempre una explicación previa de la lectura?

Leer únicamente aquello que está al alcance inmediato del niño es mantenerlo en lamentable estado de atraso. El arte del maestro consiste, precisamente, en colocarse a la altura del niño, no para permanecer allí, sino para ayudarle a que ascienda hasta el plano en que se coloca el escritor.

b) **La moralidad.** — Ya se sabe que el valor literario de una obra es independiente de su moralidad; pero en la escuela primaria no tienen cabida ni los cuentos ni las fábulas inmorales, sea cual fuere su mérito artístico.

En ocasiones, creyendo utilizar un cuento moralizador, damos en realidad una enseñanza que contiene sugerencias malsanas, como ocurre con la fábula "La cigarra y la hormiga". Aunque en este relato se tuvo el buen propósito de censurar la imprevisión, vino a resultar una apología del duro corazón de la hormiga.

B'asco Ibáñez, aleccionado por las sabias enseñanzas de Fabre, ha censurado así la conocida fábula:

"Es una historia inmoral, que enseña a los hombres desde su infancia el respeto a la avaricia y a la crueldad, el culto del egoísmo, la burla soez contra los idealistas, que piensan en algo más que la satisfacción de los apetitos materiales. Todo es mentira en este relato inventado hace miles de años. La imprevisora y loca cigarra de la fábula es un ser laborioso y dulce, explotado hasta la muerte. En cuanto a la hormiga, modelo de economía doméstica que los padres ofrecen a los hijos, es una bestia rapaz que desde el mundo de la pequeña animalidad influye fatalmente sobre los hombres." (La cigarra y la hormiga.)

c) **La corrección gramatical.** — El requisito de la corrección gramatical se justifica plenamente, ya que se trata de fábulas que han de utilizarse para hacer ejercicios de idioma.

ch) **La extensión.** — Es evidente la conveniencia de elegir fábulas breves. En ningún caso conviene que tengan más de cien palabras.

EL CAZADOR Y LA PERDIZ

Una Perdiz en celo reclamada
vino a ser en la red aprisionada.

Al Cazador la mísera decía:

—Si me das libertad en este día,

te he de proporcionar un gran consuelo.
 Por este campo extenderé mi vuelo,
 juntaré a mis amigas en bandada,
 que guiaré a tus redes engañada,
 y tendrás, sin costarte dos ochavos,
 doce perdices como doce pavos.

—¡Engañar y vender a tus amigas!

¿Y así crees que me obligas?

respondió el Cazador; pues no, señora,
 muere y paga la pena de traidora.

La Perdiz fué bien muerta, no es dudable;

La traición, aun soñada, es detestable.

Félix M. de Samaniego.

Félix M. de Samaniego.—Fabulista español del siglo XVIII (1745-1801), autor de "Fábulas morales".

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA

Trabajando un Gusano su capullo,
 la Araña, que tejía a toda prisa,
 de esta suerte le habló con falsa risa,
 muy propia de su orgullo:

"¿Qué dice de mi tela el seor Gusano?

Esta mañana la empecé temprano,

y ya estará acabada a mediodía.

¡Mire qué sutil es, mire qué bella...!"

El gusano con sorna respondía:

"¡Usted tiene razón: así sale ella!"

Se ha de considerar la calidad de la obra, y no el tiempo que se ha tardado en hacerla.

Tomás de Iriarte.

Tomás de Iriarte.—Poeta español del siglo XVIII (1750-1791), autor de "Fábulas literarias", "El señorito mimado", "La señorita indiscreta", etc.

EL CORDERO Y EL LOBO

Uno de los corderos mamantones
que para los glotones
se crían sin salir jamás del prado,
estando en la cabaña muy cerrado,
vió por una rendija de la puerta
que un caballero Lobo estaba alerta
en silencio, esperando astutamente
una calva ocasión de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba,
así le provocaba:

—Sepa usted, señor Lobo, que estoy preso
porque sabe el pastor que soy travieso;
mas si él no fuese bobo,
no habría ya en el mundo ningún lobo;
pues yo, corriendo libre por los cerros
sin pastores ni perros,
con sólo mi pujanza y valentía
contigo y con tu raza acabaría.

—¡Adiós —exclamó el Lobo— mi esperanza
de regalar a mi vacía panza!

Cuando este miserable me provoca,
es señal de que se halla de mi boca
tan libre como el cielo de ladrones.

*Así son los cobardes fanfarrones,
que se hacen en los puestos ventajosos
más valentones cuanto más medrosos.*

Félix M. de Samaniego.

EL JILGUERO Y EL CISNE

“Calla tú, pajarillo vocinglero
(dijo el Cisne al Jilguero):
¿A cantar me provocas, cuando sabes
que de mi voz la dulce melodía
nunca ha tenido igual entre las aves?”
El Jilguero sus trinos repetía,
y el Cisne continuaba: “¡Qué insolencia!
¡Miren cómo me insulta el musiquillo!
Si con soltar mi canto no le humillo,
dé muchas gracias a mi gran prudencia.
“¡Ojalá que cantaras!
(le respondió por fin el pajarillo);
¡cuánto no admirarías
con las cadencias raras
que ninguno asegura haberte oído,
aunque logran más fama que las mías!...”
Quiso el Cisne cantar, y dió un graznido.

*¡Gran cosa! Ganar crédito sin ciencia,
y perderle en llegando a la experiencia.*

Nada sirve la fama, si no corresponden las obras.

Tomás de Iriarte.

EL LOBO Y LA CIGÜEÑA

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
un Lobo, con un hueso atragantado,
si a la sazón no pasa una Cigüeña.
El paciente la ve, hácele seña:
llega, y ejecutiva,
con su pico, jeringa primitiva,

cual diestro cirujano,
hizo la operación y quedó sano.
Su salario pedía,
pero el ingrato Lobo respondía:
—¿Tu salario? ¿Pues qué más recompensa
que el no haberte causado leve ofensa
y dejarte vivir, para que cuentes
que pusiste tu vida entre mis dientes?
Marchó por evitar una desdicha,
sin decir *tus* ni *mus*, la susodicha.
Haz bien, dice el proverbio castellano,
y no sepas a quién; pero es muy llano
que no tiene razón ni por asomo:
es menester saber a quién y cómo.
El ejemplo siguiente
os hará esta verdad más evidente.

Félix M. de Samaniego.

EL LABRADOR Y LA CULEBRA

A una Culebra que, de frío yerta,
en el suelo yacía medio muerta,
recogió un Labrador, mas fué tan bueno
que, incautamente, la abrigó en su seno.
Apenas revivió cuando la ingrata
a su gran bienhechor traidora mata.

Félix M. de Samaniego.

EL LOBO Y EL PASTOR

Cierto Lobo, hablando con cierto Pastor,
“Amigo (le dijo), yo no sé por qué
me has mirado siempre con odio y horror.

Tiénesme por malo; no lo soy a fe.
“Mi piel, en invierno, ¡qué abrigo nos da!
Achaques humanos cura más de mil;
y otra cosa tiene, que seguro está
que la piquen pulgas ni otro insecto vil.
“Mis uñas no trueco por las del tejón,
que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
y a cuántos con mi unto he dado salud.”
El Pastor responde: “¡Perverso animal!
¡¡Maldígate el Cielo, maldígate, amén!
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿qué importa que puedas hacer algún bien?”

*Al diablo los doy
tantos libros Lobos como corren hoy.*

*El libro que de suyo es malo, no deja de serlo porque tenga tal
cual cosa buena.*

Tomás de Iriarte.

EL CIERVO EN LA FUENTE

Un Ciervo se miraba
en una hermosa y cristalina fuente;
placentero admiraba
los enramados cuernos de su frente;
pero al ver sus delgadas largas piernas,
al alto cielo daba quejas tiernas.
—¡Oh, dioses! ¿A qué intento
a esta fábrica hermosa de cabeza

contruís su cimiento,
sin guardar proporción en la belleza?
¡Oh qué pesar! ¡Oh qué dolor profundo
no haber gloria cumplida en este mundo!
Hablando de esta suerte,
el ciervo vió venir a un lebrel fiero.
Por evitar su muerte,
parte al espeso bosque muy ligero;
pero el cuerno retarda su salida
con una y otra rama entretrejida.
Mas libre del apuro,
a duras penas, dijo con espanto:
—Si me veo seguro,
pese a mis cuernos, fué por correr tanto.
¡Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos;
haga mis feos pies el cielo eternos!

*Así frecuentemente
el hombre se deslumbra con lo hermoso;
elige lo aparente,
abrazando tal vez lo más dañoso;
pero escarmiente ahora en tal cabeza:
el útil bien es la mejor belleza.*

Félix M. de Samaniego.

LA RANA Y EL RENACUAJO

En la orilla del Tajo
hablaba con la Rana el Renacuajo,
alabando las hojas, la espesura
de un gran cañaveral, y su verdura.

Mas luego que del viento
el ímpetu violento
una caña abatió, que cayó al río,
en tono de lección dijo la Rana:
“Ven a verla, hijo mío;
por defuera muy tersa, muy lozana;
por dentro toda fofa, toda vana”.

*Si la Rana entendiera poesía,
también de muchos versos lo diría.*

¡Qué despreciable es la poesía de mucha hojarasca!

Tomás de Iriarte.

Parte Cuarta

LECTURAS NECESARIAS PARA EL DESARROLLO DE LOS TEMAS DE COMPOSICION

INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Narraciones y descripciones orales sencillas. Reproducción oral de un trozo leído. Disertaciones breves y sencillas. Retratos. Además de lo dicho en el programa de cuarto grado, que es forzoso consultar, conviene dar algunas indicaciones acerca del retrato.

Como se sabe, el retrato es la descripción de una persona. Para hacer un retrato físico debemos observar atentamente el rostro de una persona, la talla, los gestos, los ademanes, el porte, el traje, etc., y hemos de señalar, no lo que tenga de común con las demás personas, sino lo que haya en ella de particular, de característico. Quien desee hacer un retrato debe imitar al caricaturista, pero sin llegar a las exageraciones que son esenciales en la caricatura.

Refiriéndose a la necesidad de huir de las fórmulas generales, abstractas, que expresan cualidades que no son propias del modelo, dice Julio Casares: "Otro escollo del retrato literario consiste en la acumulación de pormenores que no son peculiares del modelo. Pretender que el lector vea a una mujer determinada diciéndole que es "rubia como el oro", que tiene los "ojos azules como el cielo", los "labios como coral", los "dientes como perlas", etcétera, es intentar lo absurdo y dar en lo ridículo. Por cierto que nunca me pareció cosa apetecible una dentadura del color blanco grisáceo de las perlas." (Crítica profana).

Muchas veces se ha citado el excelente retrato físico de Maritornes, que en pocas palabras hace Cervantes en el "Quijote".

"Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, lana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo

suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera." ("Quijote", primera parte, cap. XVI.)

En "Juvenilia" hace Cané un buen retrato físico de Amadeo Jacques.

"Mis recuerdos, vivos y claros en todo lo que al maestro querido se refiere, me lo representan con su estatura elevada, su gran corpulencia, su andar lento y un tanto descuidado, su eterno traje negro y aquellos amplios y enormes cuellos abiertos, rodeando un vigoroso pescuezo de gladiador. La cabeza era soberbia: grande, blanca, luminosa, de rasgos acentuados. La calvicie le tomaba casi todo el cráneo, que se unía, en una curva severa y perfecta, con la frente ancha y espaciosa, surcada de arrugas profundas y descansando, como sobre dos arcadas poderosas, en las cejas tupidas que sombreaban los ojos hundidos y claros, de mirar un tanto duro y de una intensidad insostenible; la nariz, casi recta, pero ligeramente abultada en la extremidad, era de aquel corte enérgico que denota inmovible fuerza de voluntad. En la boca, de labios correctos, había algo de sensualismo; no usaba más que una ligera patilla que se unía bajo la barba, acentuada y fuerte, como las que se ven en algunas viejas medallas romanas." (Capítulo IX.)

El llamado retrato moral abarca las cualidades intelectuales y las morales.

"Para trazar el retrato completo de una persona, dice F. Amand, comenzad por el retrato físico o aspecto exterior (fisonomía, estatura, vestido, actitud, etc.); después haced el retrato moral (cualidades intelectuales y sobre todo el carácter).

No describáis sino los rasgos enteramente distintivos" (Le livre du maître pour la pratique de la composition française).

Véase el excelente retrato (físico y moral) que hace Pereda de Mechelín en el capítulo IV de "Sotileza".

"Mechelín era risueño, de buen color, más bien alto que bajo, de regulares carnes, hablador, y tan comunicativo, que frecuentemente se le veía, mientras echaba una pipada a la puerta de la calle, referir algún lance que él reputaba por gracioso, en voz alta, mirando a los portales o a los balcones vacíos de enfrente, o a las personas que pasaban por allí, a falta de uno que le escuchara de cerca. Y él se lo charlaba y él se lo reía, y hasta replicaba, con la entonación y los gestos convenientes, a imaginarias interrupciones hechas a su relato. También era algo caído de cerviz y encorvado de riñones; pero como andaba relativamente aseado, con la cara bastante bien afeitada, las patillas y pelo grises, no precisamente hechos un bardal, y era tan activo de lengua y tan alegre de mirar, aquellas encorvaduras sólo aparentaban lo que eran: obra de los rigores del oficio, no dejadez y abandono del ánimo y del cuerpo.

Entonaba no muy mal, a media voz, algunas canciones de sus mocedades, y sabía muchos cuentos."

Como ya se dijo en otro lugar, una disertación acerca de las condiciones que debe reunir el retrato literario sería inoportuna en la escuela primaria. Pero con motivo de una lectura en que haya un buen retrato son oportunas las sencillas y concretas observaciones que tiendan a mostrar cómo está descrito el personaje. Así, tras la lectura y comentario de "La vara de Falaris" (Cap. XIII de "La novela de un novelista"), puede seguir una nueva lectura cuyo objeto sea mostrar cómo ha retratado Palacio Valdés al maestro Don Juan de la Cruz. No costará mucho trabajo hacer que los niños perciban el contraste que resulta entre la apacible figura de don Juan (sosegado, grave, silencioso, con los ojos fijos en el suelo al reprender a sus discípulos, ceremonioso, que solícito taja las plumas y echa tinta en los tinteros), y los bárbaros castigos corporales que aplicaba.

En el programa de este mismo grado se ha dicho anteriormente que a la lectura y comentario de la pelea descrita en "Córdoba del recuerdo" (Cap. VI, II), conviene que siga una nueva lectura para llamar la atención acerca del retrato físico de uno de los contendientes.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Ya en la isla lo conocían todos, y en España hablaban de él. Era flaco, y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo, y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio, a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa, con las manos a la espalda, para decirles que venía lleno de espanto, que había visto morir a seis mil niños indios en tres meses. Y los oidores le decían: "Cálmese, licenciado, que ya se hará justicia": se echaban el ferreruelo al hombro, y se iban a merendar con los encomenderos, que eran los

ricos del país, y tenían buen vino y buena miel de Alcarria. Ni merienda ni sueño había para las Casas: sentía en sus carnes mismas los dientes de los molosos que los encomenderos tenían sin comer, para que con el apetito les buscasen mejor a los indios cimarrones; le parecía que era su mano la que chorreaba sangre, cuando sabía que, porque no pudo con la pala, le habían cortado a un indio la mano: creía que él era el culpable de toda la crueldad, porque no la remediaba; sintió como que se iluminaba y crecía, y como que eran sus hijos todos los indios americanos. De abogado no tenía autoridad y lo dejaban solo: de sacerdote tendría la fuerza de la iglesia, y volvería a España, y daría los recados del cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar a la corte. Y el día en que entró de sacerdote toda la isla fué a verlo, con el asombro de que tomara aquella carrera un licenciado de fortuna: y las indias le echaron al pasar, a sus hijitos, a que le besasen los hábitos.

José Martí.

EL GENERAL LAMADRID

Es el general Lamadrid uno de esos tipos naturales del suelo argentino. A la edad de 14 años empezó a hacer la guerra a los españoles y los prodigios de su valor romancesco pasan los límites de lo posible; se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la espada de Lamadrid ha salido mellada y destilando sangre; el humo de la pólvora y el relincho de los caballos lo enajenan materialmente, y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballeros, cañones, infantes, poco le

importa que la batalla se pierda. Decía que es un tipo natural de aquel país, no por esta valentía fabulosa, sino porque es oficial de caballería, y poeta además. Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras, el cantor de que hablé en otra parte: es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado a la libertad. Desgraciadamente, no es un general *cuadrado* como lo pedía Napoleón; el valor predomina sobre las otras cualidades del general en proporción de ciento a uno. Y sinó, ved lo que hace en Tucumán; pudiendo, no reúne fuerzas suficientes, y con un puñado de hombres presenta una batalla, no obstante que lo acompaña el coronel Díaz Vélez, poco menos valiente que él. Facundo traía doscientos infantes y sus Colorados de caballería; Lamadrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arroja la caballería de Facundo, y a Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla sino después de concluído todo. Queda la infantería en columna cerrada: Lamadrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Cierto: él solo atropella la masa de infantería; voltéanle del caballo, se endereza, vuelve a cargar: mata, hiere, acuchilla todo lo que está a su alcance, hasta que caen caballo y caballero traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infantería. Todavía en el suelo, le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta lo traspasan, asándolo además con el foganazo. Facundo vuelve al fin a recuperar su *bandera* negra que ha perdido, y se encuentra con una batalla ganada y Lamadrid muerto, bien muerto. Su ropa está ahí; su espada, su caballo, nada falta, excepto el cadáver, que no puede reconocerse entre los muchos mutilados y desnudos que yacen en el campo. El coronel Díaz Vélez, prisionero, dice que su hermano tenía una lanzada en una pierna; no hay cadáver allí con herida semejante.

Lamadrid acribillado de once heridas, se había arras-

trado hasta unos matorrales, donde su asistente lo encontró delirando con la batalla y respondiendo al ruido de pasos que se acercaban: "¡No me rindo!". Nunca se había rendido el coronel Lamadrid hasta entonces.

Domingo F. Sarmiento.

FACUNDO QUIROGA

Le llamaron *Tigre de los Llanos*, y no le sentaba mal esta denominación. La frenología y la anatomía comparada han demostrado, en efecto, las relaciones que existen entre las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y la de algunos animales a quienes se asemeja en su carácter. Facundo, porque así lo llamaron largo tiempo los pueblos del interior: el general D. Facundo Quiroga, el Exmo. Brigadier general D. Juan Facundo Quiroga, todo esto vino después, cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles. Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara un poco ovalada estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los juanetes, bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme y tenaz. Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos en quienes alguna vez llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente; por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada,

y miraba por entre las cejas, como el Ali-Bajá de Monvoisin. El Caín que representa la famosa compañía Ravel me despierta la imagen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria que no le convienen. Por lo demás, su fisonomía es regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien a las sombras espesas en que quedaba encerrada.

Domingo F. Sarmiento.

MITRE

Finalizaba ya la década de 1830, cuando en Buenos Aires se consolidaba el despotismo de Rosas. Don Ambrosio Mitre y los suyos habían vuelto a residir en tierra uruguaya. Sentíase bien el joven argentino en aquella ribera asimismo argentina, que era además la patria de su padre y la cuna de Delfina de Vedia, la novia gentil a quien años más tarde haría su esposa. El ambiente cosmopolita de Montevideo dulcificaba sus maneras, dilataba su espíritu, inquietaba a su voluntad. El puerto poblado de naves le sugería el contraste de la desierta Patagonia austral, donde había crecido, y de la Europa lejana, que el hombre ilustre había de conocer. El joven guerrero comenzaba a cantar. Alto, elegante, fino, la tez mate, el cabello castaño volteado en ondas sobre la frente espaciosa, la nariz aguileña, los ojos claros y suaves, la gallarda silueta romántica se destacaba ya entre sus contemporáneos, animado de una misma pasión vigorosa por las armas y por las letras. Ardía en su pecho la ambición de la gloria, y era llegado el instante en que se eligen las rutas del destino...

Fué aquella la hora en que la incipiente personalidad de Bartolomé Mitre entró en los caminos de la historia.

Ricardo Rojas.

Ricardo Rojas.—Escritor argentino contemporáneo, autor de “Eurindia”, “La restauración nacionalista”, “Los lises del blasón”, “El cristo invisible”, “El santo de la espada”, “Ollantay” y de la monumental “Historia de la literatura argentina”.

FRAY MAMERTO ESQUIÚ

Fray Mamerto amó siempre la Pobreza, como un buen hijo que era del Poverello. Nada poseyó nunca, viajó sin recursos y consideraba al Dinero —recordémoslo— una invención del Demonio para perder a las almas. Pero en el cargo de Obispo su amor a la Pobreza parecía acentuado.

Su casa —la casa episcopal— era un viejo edificio, de frente modernizado. Tenía dos grandes patios y doce cuartos. El Obispo ocupaba el último cuarto, al fondo, en el segundo patio. La casa carecía de todas las comodidades, hasta de galerías, que no faltaban en ninguna casa cordobesa. La celda del Padre era un cuartito, el peor que había en la casa. Y sus muebles consistían en una cama de fierro con tres tablas encima, sobre las cuales se colocaba el colchón; una percha de pie; una mesa, sobre la que siempre había algún libro, y una silla de esterilla. Ni alfombra ni ropero. Una palangana. En la pared, eso sí, colgaba un crucifijo. Los demás muebles de la casa estaban a tono con la pobreza de la celda del señor Obispo. Así la mesa del comedor, que era tosca y fea —larga y demasiado angosta— y que tenía dos bancos a ambos lados y otro en la cabecera para el Obispo. En el resto de

la casa apenas había muebles, y las sillas eran todas de esterilla. Pero el Padre no se quejaba de la pobreza de su casa. Al contrario, la consideraba de acuerdo con sus gustos. Y si a veces decía "mi triste y pobre casa", no era quejándose, sino en un tono algo burlón, frecuente en él.

Sin embargo, hubo en la casa, durante unos meses, una amplia sala con lujosos muebles: sillones tapizados de seda, una gran mesa con cubierta de mármol, una alfombra comprada en la Exposición de París. Todo aquello, destinado a salón de recepciones, se lo habían regalado a Fray Mamerto sus padrinos de consagración. El Obispo hizo rifar muebles y adornos y repartió el producto entre los pobres.

Sus comidas eran de extraordinaria parquedad. Se desayunaba con una simple taza de café. El almuerzo consistía en locro, otro plato y postre. A la noche, se comía un puchero pobre: una sopera de caldo con pedacitos de carne. Con alguna insignificante variedad, ésta era la alimentación del Padre. En Catamarca y en Bolivia tomaba mate. Creo que durante su Obispado abandonó este "vicio". Lo que no abandonó nunca fué el fumar, el "pitar", como decía.

Vistió siempre con pobreza franciscana. Nunca se quitó el sayal ni las sandalias. Los mismos ornamentos de su cargo apenas los usaba. Al llegar a Córdoba no traía el pectoral de oro que le correspondía. La Curia Arzobispal tuvo noticia de este rasgo de humildad, excelente en sí mismo, pero que restaba autoridad al cargo, y, bondadosamente, el Arzobispo le escribió ordenándole que se pusiera la cruz de oro. El Padre obedeció con tristeza, pues debió desprenderse de la cruz que había usado, fabricada por él mismo, en Jerusalén, con una rama de un árbol de

Bethsaida, donde nació San Pedro, y de la cadena hecha de semillas recogidas por él en Palestina.

Manuel Gálvez.

Manuel Gálvez.—Novelista argentino contemporáneo, autor de "La maestra normal", "Nachá Regules", "A la sombra del convento", "Escenas de la Guerra del Paraguay", "Vida de Fray Mamerto Esquiú", etc.

EN LUJÁN

El pueblecito tan lleno de recuerdos empieza a transformarse. La frondosa arboleda de la plaza, destruída, da lugar a un raquíptico parque inglés; de la vieja iglesia de la Virgen nacional no queda rastro. Solo, de pie, el Cabildo ofrece al visitante su venerable recova y tiene un aire simpático de cosa noble. Olvido en la basílica gótica la silueta de las grandes catedrales, y al ver correr el río cerca de sus muros, aparto la visión del Támesis, del Sena, del Rin, y encuentro en el curso humilde del Luján, con rumores de la niñez, el eterno mar de la Esperanza. Llego a la casa en que mi abuelo paterno pasaba sus veranos... Miro en el patio, enjambre alegre de niños; y entre ellos hermanos y hermanas que, anocheciendo a mitad de su día, aumentaron la fúnebre cosecha de la muerte.

Veó la imagen reconcentrada y severa del abuelo, como trasplantado a nuestras tierras, desde una vieja novela castiza; veó la angulosa fisonomía del orador católico, el tío respetado, que tenía en el espíritu como el brillo de una espada de acero con el perfume de una nube de incienso. Encantado con su charla inagotable, veó la del otro vibrante artista que ilustró en el país argentino la crítica teatral. Veó al lado de mi padre y de los demás parientes la figura curiosa de aquel amigo que sabía a

Shakespeare de memoria, y que siempre fiel a los dolores de la familia, ocultó los suyos propios, hasta acabar trágicamente llevándose el secreto de su alma...

Piadosamente me inclino sobre las santasritas del suelo: en vez de llevarlas para los muertos, las arranco de su verdadera tumba. ¡Lo son de memorias, los patios de las viejas casas; lo son y más tristes que las que encierran el polvo humano: no enmudecen como sepulcros de la muerte, nos hablan realmente como sepulcros de la vida!

Angel de Estrada.

Angel de Estrada.—Escritor argentino (1872-1923), autor de "El color y la piedra", "Las tres gracias", "La esfinge", "Visión de paz", "Formas y espíritus", etc.

LA TRAPERA

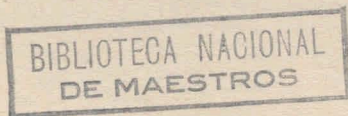
Por entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la trapera, que con un cesto al brazo y un instrumento en la mano recorre a la madrugada, y aún más comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trapera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa, y semejante también a la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así a los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atención a que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decía, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita; repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas; registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo, pone el gancho, parecida en esto a muchas personas de más decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sexto

dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisito, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces, por un sentimiento simultáneo, por una relación simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera por tanto, con otra educación, sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma; buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado; he ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene a llamar a todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso, invita a la meditación, a la contemplación de la muerte, de que es viva imagen.

Mariano José de Larra.

Mariano José de Larra.—Escritor español del siglo XIX (1809-1837), autor de cáusticos artículos de costumbres que escribió con el pseudónimo de Fígaro. Escribió también la novela "El doncel de don Enrique el doliente" y el drama "Macías".



INDICE

PARTE PRIMERA

Iniciación literaria

Pág.

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	11
Tres héroes, <i>José Martí</i>	12

PARTE SEGUNDA

Lecturas obligatorias

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	14
Muerte de Facundo Quiroga, <i>Domingo F. Sarmiento</i>	15
El indio Panta, <i>Joaquín V. González</i>	21
"Córdoba del Recuerdo", de <i>Arturo Capdevila</i>	24
Idea de la obra	18
Pandemónium escolar, <i>Arturo Capdevila</i>	28
Desde allá, <i>Emilia Pardo Bazán</i>	30
Platero y yo, <i>Juan Ramón Jiménez</i>	35
Romance de Barranca Yaco, <i>Arturo Capdevila</i>	38
Del salón en el ángulo oscuro, <i>Gustavo A. Bécquer</i>	41
Setenta balcones y ninguna flor, <i>B. Fernández Moreno</i> ..	41
Nihil novum..., <i>Amado Nervo</i>	42
La lengua castellana, <i>Leopoldo Díaz</i>	43
La lengua castellana, <i>Leopoldo Díaz</i>	44
Erase un hombre a una nariz pegado, <i>Francisco de Quevedo y Villegas</i>	45
Canción del pirata, <i>José de Espronceda</i>	45

PARTE TERCERA

Fábulas

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	50
El cazador y la perdiz, <i>Félix M. de Samaniego</i>	52
El gusano de seda y la araña, <i>Tomás de Iriarte</i>	53
El cordero y el lobo, <i>Félix M. de Samaniego</i>	54
El jilguero y el asno, <i>Tomás de Iriarte</i>	55
El lobo y la cigüeña, <i>Félix M. de Samaniego</i>	55
El labrador y la culebra, <i>Félix M. de Samaniego</i>	56

	<u>Pág.</u>
El lobo y el pastor, <i>Tomás de Iriarte</i>	56
El ciervo en la fuente, <i>Félix M. de Samaniego</i>	57
La rana y el renacuajo, <i>Tomás de Iriarte</i>	58

PARTE CUARTA

Lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de composición.

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i>	60
Fray Bartolomé de las Casas, <i>José Martí</i>	62
El general Lamadrid, <i>Domingo F. Sarmiento</i>	63
Facundo Quiroga, <i>Domingo F. Sarmiento</i>	65
Mitre, <i>Ricardo Rojas</i>	66
Fray Mamerto Esquiú, <i>Manuel Gálvez</i>	67
En Luján, <i>Angel de Estrada</i>	69
La Trapera, <i>Mariano José de Larra</i>	70



*El 7 de marzo de 1940 se
concluyó de imprimir este li-
bro en los talleres gráficos de
J. Hays Bell, calle Brandsen
esquina Gaboto, Buenos Aires.*



